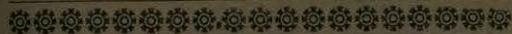


cardiaca que hacía algún tiempo padecía la ciega, y cayó muerta á los pies de su amado.

El niño, con hondos clamores, contemplaba ya el cadáver de su madre, y á aquel hombre para él desconocido, quien apeándose del brioso potro que montaba, besó llorando la frente de la muerta.

Arcadio, después del primer ímpetu de dolor tremendo, levantó al niño en los brazos y díjole con ternura:

—No llores ya; ayer me vengué de un poderoso malvado, matándole; hoy me vuelvo á vengar de él y de su víctima adoptándote por hijo.



LA LUCHA POR LA VIDA

Contaba don Toribio diez y nueve años y pico de casado, y tenía diez y nueve hijos, sanos y rollizos para gloria de Dios y bien de la Patria. Por dicha de los cónyuges todos vivían, y por su desgracia todos vestían y comían, lo cual era una calamidad para el pobre de don Toribio, que una oreja se agarraba y la otra no se la alcanzaba para mantener aquella caterva de descendientes, de estatura rigurosamente progresiva, que puestos en fila, parecían pitos de órgano, desde el menor que ya mordía con el primer colmillo, hasta el mayor que empezaba á atusarse el finísimo bello del primer bigote. Además, pronto vendría á este mundo de mucha bamba y poco seso, el vigésimo heredero de don Toribio Salazar y Briones, corredor titulado, que, en efecto, corría de crepúsculo á crepúsculo por esas calles de

Dios, buscando en la populosa y bella ciudad de México, cómo sostener en pie aquella cadena de oro, como él llamaba á los hijos de su alma, de la cual, por divina misericordia, no faltaba ni un eslabón. El futuro heredero probablemente sería hombre, pues Salustia, la esposa de Toribio, había acreditado con la experiencia—que ya se ve si era larga—que no sabía dar á luz sino varones. Y para maravilla de los pusilánimes y desconfiados de la Providencia, aquel Toribio, víctima de la paternidad, era un hombre alegre y locuaz como pocos: gustábale luchar por la vida, y luchaba á brazo partido. Cuando alguien lamentaba la precaria situación del corredor de número, sonriente respondía:

—Hay que tener paciencia, amigo; es la lucha por la vida.

Era don Toribio bajito de cuerpo, regordote, chato, carirredondo y con unos ojazos café llenos de luz; en ocasiones chancista con personas de confianza, siempre atento y respetuoso con los superiores, y con los inferiores cuando eran clientes, y comunicativo y alegre con todos. Salustia estaba orgullosa de su brillante hoja de maternidad y sonreía satisfecha cuando alguno decía:

—Usted, doña Salustia, podría irse á poblar un desierto.

Era la paciencia personificada, y algu-

nas veces, cuando reían los chicos, empuñabanla á mojicones por encima de la mamá, quien con admirable calma los separaba, si no estaba muy fatigada; de lo contrario, los reprendía con mucha mesura; aun para azotarlos, cuando las diabluras de los chicuelos merecían tal pena, era discreta y sosegada: caía la cuarta lentamente sobre las frescas y suaves carnes de los muchachos, quienes también por intervalos lanzaban agudos gritos. Eso sí, cuando Morfeo echaba la garra á Salustia, no había poder humano que la despertase, así fueran capaces los niños de disparar un cañón á los oídos de la mamá. También la pobre trajinaba sin cesar y bien merecido tenía el profundo descanso á que se entregaba.

Don Toribio, con heroicas economías, compraba mensualmente su pedacito de billete de "La Nacional." Habíasele metido entre ceja y ceja que la caprichosa suerte ibale á sacar de apuraciones y á darle algún desahogo, aunque fuese por corto tiempo: y héle ahí sacrificando en aras de una esperanza hasta el vicio de fumar; mientras no se completaban los centavos destinados á la fracción de billete que debía meter la fortuna en casa, remolineaba en la boca un puro apagado, forjándose la ilusión de que estaba tan encendido como su fantasía, y lo saboreaba como si de

verdad fumase. Allá va, por esas calles de Dios, saludando á todos, pues tiene más amigos y conocidos que necesidades, con ser éstas tantas y mostrando aquella cara de Pascua que á leguas revela la bondad y la honradez. Va camino del despacho "La Nacional" con su fracción de billete en la diestra: le ha dado la corazonada de que al fin, la rebelde fortuna se ha condolido de las cuitas que hoy más que nunca le abruma, y á paso veloz anda calles y más calles. Sudoroso, jadeante, llega al despacho: Allí está colgada de un gancho la lista de premios. Don Toribio, después de media docena de resoplidos, se quita el sombrero, saca el pañuelo, fingiendo calma, pues le brinca el corazón, se limpia el sudor que empapa su frente, ve por la milésima vez su billetito y clava los ojos centelleantes en la lista. Aquellos ojos, de por sí grandes, parecen crecer: van por varias veces del billete á la lista y de la lista al billete. Don Toribio está pálido, la emoción prívale por un instante del uso de la palabra, motivo por el cual no habla, pero sí piensa:

—Bien me lo decía mi corazón; no cabe duda, es el número 5,213; preparémonos para recibir dignamente á la diosa fortuna. Volvió á dar otra media docena de resoplidos, sacó su cartera, guardó el billete con sumo cuidado y abrochóse todos

los botones del saco. Por primera vez en su vida pensó en los rateros. ¡Ay, qué hombres tan malos! Indudablemente la autoridad era benigna, muy benigna con ellos mandándolos á Yucatán.

De pasó para su casa llegóse á una elegante cantina, el dueño de la cual era cliente suyo.

—Vamos, amigo don Bonifacio, dijo don Toribio con visible regocijo, vengo á echarme una droguita, por unas cuantas horas, pues le pagaré hoy mismo.

—Lo que usted guste, don Toribio.

Don Toribio remolineó el apagado puro y recordando que hoy por hoy podía holgadamente consumirlo y hasta fumar otro, pidió un fósforo á don Bonifacio, y luego arrojando bocanadas de humo, díjole con un tonillo raro para su habitual humilde modo de hablar:

—Una media caja de champaña y pastillitos de los mejores para una veintena de bocas que comen á reventar.

—¿Tiene usted boda, don Toribio, ó va usted á recibir algún embajador?

—Algo mejor, amigo, algo mejor; ya le contaré á usted: con que se sirva usted mandar todo á su casa.

—En el acto.

—Pagaré hoy mismo, no lo olvide usted.

—Conozco á usted, don Toribio, no ha cuidado.

El corredor de número continuó su camino hablando y haciendo cuentas sin cesar; iba tan preocupado, que no saludó á muchísimos de sus amigos, cosa en verdad muy rara en un hombre tan cortés y tan saludador como don Toribio, pero la fortuna empezaba á sacarle del quicio. De pronto fijase en un rotulón colgado sobre el dintel de una puerta. "Música para baile." La necesito, la necesito, pensó, y sin vacilación entró en el despacho.

—¿Puede usted, dijo á un hombre largo seco, pálido y mal encarado, que parecía la antítesis de don Toribio, llevar su música un par de horas á la calle de Chiconautla?

—¿Nada más llevarla? repuso el interpelado.

—Y tocar lo mejor de su repertorio. ¿Me conoce usted?

—¿Quién en México no conoce á usted, don Toribio?

Don Toribio sonrióse satisfecho de su popularidad y agregó:

—Con que cuento con usted.

—Sí, señor, ¿á qué hora?

—Luego, voy andando, espero á usted.

Don Toribio apretó el paso y saboreaba con inmenso regocijo la sorpresa que pen-

saba dar á su Salustia y á su batallón de infantería.

Llegó á su casa resollando recio y llamando á gritos á su esposa.

—¿Qué tienes, Toribio? preguntó la diez y nueve veces madre, sin alterarse en lo más mínimo.

—Ahí es nada, contestóle Toribio, que hoy vienen á casa dos señoronas muy buenas, y quiero que las recibamos como se merecen. Don Bonifacio mandará dentro de algunos momentos champaña y pastelillos, y vendrá la música de baile. Tú disponlo todo, mientras yo vuelvo con las visitas; al instante que me veas entrar con esas guapas señoras, que la música toque ¿eh? pero que toque la pieza más alegre ¿lo oyes?

—¿Te has vuelto loco, Toribio?

—Ya no tengo qué decirte. Hasta luego.

Y allá va Toribio corriendo de nuevo á cobrar el gran premio: sus cuentas eran exactas: tocábanle á la fracción del billete dos mil pesos del águila, dos talegas bien llenas; esas eran las guapas señoras que irían á su hogar para alivio de tantas necesidades. Y don Toribio, que no era malicioso, reíase solo de su ingeniosa travesura y de la alegría que iba á dar á su familia. Ya le parecía ver á las diez y nueve ediciones de su estampa dar bríncos, gritar, meter mano en las talegas y caer al

suelo en argentinos chorros, con deleitoso sonido, las monedas, resplandecientes de puro nuevas. Así, riendo y meneando satisfecho la cabeza, llegó al despacho de "La Nacional."

—¡Señor Administrador, dijo con garbo; los dos mil duros que corresponden á este número! Y tendió el brazo con donaire, mostrándole el billete.

El Administrador quedósele viendo de hito en hito, mientras don Toribio repetía:

—¡Dos mil duros, pronto que estoy de prisa!

—Si no conociera á usted, respondió tranquilamente el Administrador, diría que se burlaba usted de mí.

—¡Cómo! dijo azorado don Toribio: mire usted mi billete, mire usted la lista.

—Ese billete es de la lotería de hoy, y la lista es de la del mes pasado; aún no se fija la del día; aquí la tiene usted... 5, 213. No tiene nada, ni siquiera aproximación.

Don Toribio casi se desmayó, estuvo como un minuto sin moverse y luego con voz desfallecida dijo al Administrador:

—Adiós, señor, usted dispense.

¿Cómo volveré á mi casa? pensaba, y luego la droga. Hay que devolver todo en el acto y echar fuera á los filarmónicos: que se vayan con su música á otra parte.

Volvió á correr en dirección de la calle de Chiconautla.

La puerta de su casa estaba abierta, don Toribio se precipitó por ella: apenas le vieron entrar, los músicos que ya tenían afinados los instrumentos, lanzaron en raudal de armonías los primeros compases de un two-step.

—¿Y las señoras? preguntó Salustia á su esposo.

—¡Oh! Salustia, calla esa música. Ya te contaré. ¿Y la champaña y los pastelillos?

—Todo está en la mesa.

—Que lo empaquen.

—No, ya no está en la mesa, gritaron los hijos de don Toribio que en tropel, bailando two-step, acudieron al zaguán atraídos por la música; nos lo comimos todo, todo y ¡qué bueno estaba!

Don Toribio acabó por reírse.

—Ea, valor, exclamó. Dios me quiere para la lucha por la vida; pues á luchar y..... adelante.